



Horroroso caso acaecido en un pueblo de Cataluña llamado Ripoll, en que una vil madrastra, llamada Juana Pérez, ocasionó la muerte de dos hijos de su esposo Juan Fernández, arriero de oficio, á los que empezó á aborrecer y con infames maquinaciones logró que la hija de su esposo se tirara por un despeñadero y muerte que dió al otro hijo presentando á su padre los hígados fritos para que almorzara y castigo que recibió por su crimen en 28 de Abril de este presente año de 1897.

PRIMERA PARTE

Oh Virgen de la Soledad
que siempre auxilio y consuelo
diste á los catalanes,
alumbrá mi entendimiento
para poder referir
con acierto verdadero
el crimen más horroroso
que en el mundo conocemos.

Era una infame madrastra
con el corazón tan fiero,
que más que mujer, parece
un aborto del infierno.

Juan Fernández estaba viudo
teniendo oficio de arriero
teniendo además dos hijos
una moza y un mozuelo.

Y por no desampararlos
y darles algún consuelo,
contrajo segundas nupcias
creyendo acertar en ello.

Se casó con Juana Pérez
con alegría y contento,
y la humildad de sus hijos
fué un motivo para ello.

La Juana con disimulo
siempre demostró quererlos
más conseguido su fin
los aborreció en extremo.

Sin cesar los maltrataba
haciendo mil juramentos,
é indisponiendo á su padre
hablando mal contra ellos.

La Inés, que así se llamaba
la hija del arriero
fué requerida de amores
por un joven de aquél pueblo.

Y confiada en su amor
al joven se entregó luego
por salir de aquella casa
y dejar aquél infierno.

Pues la madrastra la riñe
sin razón ni fundamento,
la maltrata á todas horas
llenándola de improperios.

Y conociendo el estado
concibió el vil proyecto
de hacer que el novio á la joven
la aborrezca desde luego.

Viéndose ella abandonada
llena de aborrecimiento,
se encuentra desesperada
su deshonor descubiertó.

Y lo consiguió llamando
á a quél joven inesperto,
diciéndole que la Inés
estaba haciendo con otros
lo que con él había hecho.

Que era tan relajada
que no tenía gobierno,
que la deje y la abandone
le daba ella consejo.

Creyendo de buena fé
el joven todo creyendo,
abandonó á la muchacha
trato con otra cogiendo.

La madrastra satisfecha
de haber logrado su intento,
más á la chica insultaba
llenándola de improperios.

¿Qué cuenta dás de tu honor
á tu padre, al pueblo entero,

donde corre tu deshonra
de boca en boca en el pueblo.

No hay persona que al mirarte
no te apunte con el dedo,
todos se rien de tí,
vete de mi lado luego.

Infame, mala mujer,
ves el aborrecimiento
que el que tanto te queria
te ha tomado, hasta el extremo
que va á casarse con otra
lleno de aborrecimiento.

La chica sale de casa
sin seguro pensamiento,
hechos sus ojos dos fuentes,
arrancándose el cabello,
angustiado el corazón,
exclamó mirando cielo:

Señor, que vá á ser de mi,
en donde hallará consuelo
esta infeliz criatura
viéndome como me veo.

De todos abandonada,
hasta sin honor me encuentro;
y con paso apresurado
se marcha á un despeñadero
que de elevación tenía
treinta varas por lo menos,
y arrojándose por él
le rodó de trecho á trecho.

Al llegar al fondo de él
despedazado su cuerpo,
arrojó la criatura
en sangre su cuerpo envuelto.

Y en otra segunda parte
diré el fin que tuvieron
el hermano y la madrastra
para ejemplar escarmiento.

Fin de la primera parte.

Segunda parte.

Donde se manifiesta lo que la vil madrastra inventó contra el hijo del arriero.

Llegando el padre á la casa
y enterado del suceso,
le preguntó á la madrastra
y la vil, con fingimiento,
no te extrañe que sucedan
casos como el que lamento,
porque tus hijos viciosos
me dan el mayor tormento.

Yo siempre te lo he ocultado
por no darte sentimiento
pero para que no ignores
manifestartelo quiero.

Has de saber que tu hijo
tiene el atrevimiento,
de querer solicitarme
en tu ausencia con empeño.

Y el día menos pensado
no se de su atrevimiento
que resultados tendré
y así esposo te lo advierto.

El padre apenas la oyó
creyendo á aquél monstruo fiero
tan viles maquinaciones
para lograr sus intentos

La dijo: si mi hijo sigue
en designios tan perversos
le arrancarás las entrañas
antes que logre su intento.

Y no vuelvas á ocultarme
como hasta ahora lo has hecho
los disgustos que te dan
mis hijos cuando me ausento.

La infame mujer contenta
de haber logrado su intento
le dijo á tu hijo no digas

nada de lo que te cuento
que puedes estar seguro
que no solo de él, de ciento,
sabe tu esposa guardar
el amor que por tí te tengo.

Fiado de su palabra
de casa salió el arriero
y aquella horrible mujer
principia á lograr su intento.

Se prepara de un cuchillo
y como sabía el tiempo
que tardaría su esposo
concibe el vil pensamiento
de hacer acostar al joven
con disimulo en su lecho
y despues que esté dormido
ir ella y cortarle el cuello.

El inocente muchacho
del campo á su casa ha vuelto
despues de cenar se acuesta
tan tranquilo y satisfecho.

Aquel monstruo, aquella vil
con el corazón mas fiero
que la yena mas feróz
se dirige al aposento.

Y encontrándole dormido
le ha contemplado un momento
y con el mayor valor
le pone el cuchillo al cuello
y sin piedad le descarga
tres puñaladas, y luego
el cuchillo y con furor
se lo clava en el pecho
el joven intenta en vano
incorporarse en el lecho

porque aquél monstruo feróz
le habia cortado el cuello.

Y la sangre por mil partes
se le salia del cuerpo
y entre horribles convulsiones
quedó en el momento muerto.

Despues de un rato, la infame
le abre cón valor el pecho
y le saca la asadura
con el mayor denuedo.

Con un arrojo que espanta
le lleva al estercolero,
y allí le dá sepultura
temiendo llegar el arriero.

En cachos las asaduras
aquel monstruo horrible y fiero
las hechaba en la sarten
á la lumbre las ha puesto.

Y en tanto que se freian
llega á su casa contento
el marido y le recibe
con el rostro muy risueño.

Preparándole la cena
e dijo; estarás contento
he hecho lo que me has mandado

Él, quedándose suspenso
la pregunta: pues que ha habido

Que tu hijo el muy perverso
me vino á solicitar
para gozar su deseo
y yo llena de coraje
cogí en mi mano el acero
y le dí tres puñaladas.

Al oír esto el arriero
exclama vil mujer

sabes bien lo que hecho
voy á dar parte al alcalde
de este crimen tan horrendo
con el verdugo á su lado;
cuando llegó al suplicio,
ya arrepentido de veras,
alzó los ojos al cielo
diciendo: vos, Madre eterna,
Maria, Madre de Dios,
perdóname, que de veras
arrepentido ya estoy
de lo que hice en la tierra:
interceded, vos, Señora,
y que mi alma no se pierda.

Luego volviéndose al pueblo
ya con la voz casi trémula
dijo: os pide perdón
Julio Alonso de la Cueva
por el crimen cometido:
oid, jóvenes de Orihuela,
respetádo á los padres
no se logra este castigo
con que os pido perdón
y quiero que me lo déis:
que del tribunal de Dios
no quiero que os olvidéis;
al verdugo le avisaron
que la profesión ejerciera
y al instante la cumplió
dándole al tornillo vuelta.

Dios le recoja su alma
y nos recoja las nuestras
cuando del cuerpo se aleje
para abandonar la tierra.

FIN.